

o incluso un día antes del día 7 con cinco guerrilleros más o bien el día 3 con otros cinco, entre ellos “Pepito el Gafas”. Lo cierto es que tras el asalto la guardia civil comentará que sabían que en el campamento “habían de 17 a 18; cuando salió “Carmen” (“Teo”) quedamos 16”. La referencia sin duda va dirigida a las sospechas recogidas con posterioridad contra “Teo” y “Paco” que abandonarían el campamento en la misma salida.

A fecha de hoy es imposible determinar con exactitud sin fisuras cuál fue el origen de sus informes. Tras el encuentro, los propios guerrilleros hicieron averiguaciones y buscaron un culpable directo que nunca se halló, inclusive sobre el mismo “Pedro”, como es lógico, al ser el único superviviente, recayeron no pocas dudas. Del análisis de las Actas de Defunción, fechadas casi un mes más tarde, todas el día 3 de diciembre, por orden del día primero del juez de Cañete a quien la guardia civil le haría llegar el listado, pues en el pueblo de Santa Cruz nadie pudo ver los cadáveres, se sacan conclusiones más que orientativas sobre la posible fuente de información con que contaba la Brigada de Información antes del asalto, información errónea en la que se persiste no sólo un mes más tarde sino incluso a finales de diciembre cuando al “desconocido” (nº 175), uno de los guerrilleros de San Martín, se le inscribe con el nombre erróneo del “Abuelo”.

“Yo estaba en Cerro Moreno”

“Nos echamos trece o catorce al monte en San Martín de Boniches. Desde Las Dehesas de Monteagudo nos trasladaron a mí y a un sobrino mío, hermano de Emencio, Marino, Amador, Aurelio, Basilio, Antonino, Daniel y Cayo, aunque estos dos últimos se vinieron un día o dos antes para acá. En el campamento habían venido seguramente seis u ocho de Francia. Yo no sé los nombres porque estuve poco tiempo allí, estaría dos o tres noches, y ya nos trasladaron a por carne (“Francisco”, “Julián”, “Emilio”, “Fernando” y “Alfaro”); yo no me acuerdo nada más que de “Faico” (“Francisco”) que era el jefe de los cinco que era de cerca de Santa Cruz. Salimos al hacerse de noche, un día o dos antes del asalto, salimos hacia la parte de la Sierra de Camarena a la parte de allá, pero yo no sé aquello cómo fue porque de los cinco nos quedamos tres en una pinada, y dos se fueron por la tarde a ver si veían ganado, lo que yo no sé si estarían con el pastor o no estarían, ni si le pagarían las ovejas o no; y luego ya volvieron y nos dijeron: “Hala, que han encerrado un ganado”, allí en unos corrales que había; que por cierto el “Faico” ese llevaba una metralleta que habían traído los de Francia, y yo llevaba un rifle con dos tiros, de los que uno ya estaba picado, ¡mira qué defensa llevaba yo!, y otro que me parece era de la parte de Teruel llevaba un fusil con un cargador, y al llegar al corral, o un poco antes de llegar nos dice a nosotros dos el “Faico”: “¡Hala, ahora tenéis que ir!”. Antes de llegar al corral dice: “¡Parad aquí!”, allí que había una vaguada; dice: “Tenéis que ir a dar una vuelta al corral”; yo me callé porque llevaba cuatro días, pero aquel muchacho le dice: “Esto, “Faico”, no me parece bien, que os quedéis aquí tres con metralletas y mucha munición, y que vayamos éste y yo a ver si está la guardia civil allí; bueno, pues voy a ir, pero en la próxima reunión que tengamos lo voy a exponer esto, ¿por qué os quedáis aquí con el armamento?, ¿qué vamos a hacer nosotros, yo que llevo cinco tiros y este muchacho dos, que uno ya está picado?”, “Pues tenéis que ir”. Bueno, pues fuimos, dimos una vuelta por el corral por donde estaba el ganado y como no oían tiroteo ni nada pues vinieron deseguida, y yo entré por las ovejas saltando la pared del corral. Me mandaron a mí porque yo había sido pastor. Cogí cinco que se las iba dando una por una al otro. Cogimos una cada uno, ya nos vinimos más para acá, las matamos y lo que hicimos en dos noches para allá descargados, aquella noche lo hicimos en una. Y volvemos al campamento, yo no me acuerdo qué fecha era pero sería un día después del asalto ya de mañana pues daba el sol por todos los sitios y, claro, donde tenían estafeta que estaba a la otra parte del cerro no había nada, y como no vimos nada ya nos metimos cerro adelante al campamento. “Me cago en la leche, por aquí unas piedras revueltas” y, claro, como ellos entendían más que yo, pero como no había estafeta ni nada, nos metimos en el campamento, y como desde aquí a la calle vimos todo allí amontonado, las sartenes, las tiendas, la comida, y yo, pues ignorantemente, me quito el macuto y me bajo los pantalones a hacer mis menesteres, cuando veo que tiran para abajo ellos derecho al río que pasa por allí. “¡Ven acá, ven acá!” me decían. Cojo mi macuto sin subirme los pantalones, “¿qué pasa?”, “¡que han